

Claudio Matte y la pasión por la enseñanza

CONSUELO LARRAIN ARROYO

De El Mercurio

“Por sus obras los conoceréis” dicen las escrituras. La silenciosa estampa de Claudio Matte Pérez (1858-1956), uno de los educadores más relevantes que ha tenido Chile en su historia, se trasluce nítida en la solidez de sus obras. fue un hombre ejemplar, en el cabal sentido de la palabra, por la conjunción de virtudes humanas —bondad, rectitud, modestia...— que acompañaron su generosa entrega.

Ocupó importantes cargos públicos —Ministro de Relaciones Exteriores (1895), Rector de la Universidad de Chile (1926-1927) y Director de Instrucción Primaria (1935-1938), entre otros—, y heredó una gran fortuna, pero su existencia fue sencilla y laboriosa, y estuvo marcada por una vocación ineludible o “leit motiv”: la educación del pueblo.

La Sociedad de Instrucción Primaria —institución que él dirigió por más de 60 años, impregnó de sus ideas y dotó con donaciones de seis escuelas modelos— celebra el 17 de julio su aniversario N° 130. En esta ocasión vale la pena recordar al autor del clásico Silabario Matte, o del “Ojo”, reformador visionario que pudiendo orientar su talento a empresas más vistosas, prefirió la primera enseñanza, en tiempos en que el analfabetismo era todavía un flagelo en Chile (49,5 por ciento al dictarse la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, en 1920, en la que don Claudio tuvo importante participación).

Era un hombre parco, de fuertes principios, que rehuía los halagos y privilegios y decía conocer un solo miedo: “el miedo a mí mismo, de no proceder estrictamente de acuerdo a mi conciencia o de cometer una injusticia”, según relata Gertrudis Muñoz de Ebensperger, su colaboradora y biógrafa. Hasta su muerte no se cansó de repetir: “Nuestro país no será grande mientras su pueblo sea ignorante y nuestro pueblo es de muy buena pasta” y creía que aquél que posee cierto patrimonio “debe retribuir a la sociedad lo que de ella recibe. Tiene obligación de hacer producir y de este producto devolver una parte al bien común”.

REVELACIONES EN EUROPA

Un hito importante en su vida fue su primer viaje al viejo mundo, en 1881, cuando aún no terminaba la Guerra del Pacífico. Fue allí en busca de un remedio para un doloroso mal que lo aquejaba: cólicos hepáticos. Para sorpresa suya, el médico parisiense le recetó “feuilles de boldo” de un país muy lejano: Chile.

Antes de partir, desmoralizado, dejó su testamento: 300 mil pesos de la época, que equivalían al 70 por ciento del Presupuesto de Instrucción Primaria de ese año, para fundar una Escuela Normal de profesoras primarias. Desde los 15 años era miembro del directorio de una sociedad católica de educación —porque aunque “laico” y liberal, no era sectario, como dice Gonzalo Vial en su *Historia de Chile*— y había hecho clases en una escuela nocturna para obreros: “Veía un problema nacional inmenso y una oscuridad completa sobre cómo abordar un asunto tan gigantesco”.

Durante seis años recorrió Europa adentrándose en la enseñanza de las primeras letras en el viejo continente. Visitó cientos de escuelas en Francia, Alemania, Suecia y Gran Bretaña. En cada país dominó el idioma después de un riguroso y paciente estudio —la lingüística era otra de sus aficiones— y conoció todos los textos y sistemas de enseñanza primaria vigentes.

En Suecia (Näås) se entusiasmó con la práctica de los trabajos manuales (el sistema Salomon). “Me convencí de cómo la prolijidad y exactitud en el trabajo manual desarrolla virtudes de inteligencia, orden y gusto”, y con la enseñanza científica de la educación física —“gimnasia sueca”— que difundió como disciplina escolar y practicó el resto de su vida. Más tarde, gracias a su sugerencia, fue enviado a estudiar a Suecia Joaquín Cabezas, director fundador del Instituto de Educación Física y Manual.

EL SILABARIO

"...oía y oía y me quedaba maravillado. Yo siempre había pensado que los métodos de enseñanza en mi tierra eran malos, pero no sabía dónde estaba lo malo. Ahora se me abrían horizontes: los alemanes habían resuelto el problema. En nuestra tierra todo era memorizar. Aquí se debía observar, pensar y entender. Interrogaba a los profesores sobre las razones de sus procedimientos...", cuenta don Claudio sobre sus indagaciones en las escuelas alemanas, algunas de las cuales las realizó con su amigo Valentín Letelier, a la sazón Secretario de la Embajada de Chile en Berlín.

En Leipzig, el centro literario y educacional más importante de la Alemania de la época, hizo estudios de pedagogía y metodología y realizó una minuciosa investigación sobre los distintos métodos que se habían empleado en los últimos siglos en Europa para enseñar a leer y escribir; hasta que nació, en 1884, el Silabario, impreso en la célebre Editorial Brokhaus, al que llamó "Método fonético-analítico-sintético de la enseñanza simultánea de la lectura y escritura".

Muchas generaciones de chilenos y latinoamericanos recuerdan con inmenso cariño aquel primer libro de sus vidas que se inicia con la palabra "ojo", el cual fue declarado en 1894 texto oficial para las escuelas primarias; y ha continuado publicándose hasta la actualidad —modernizado y en colores— completando más de 13 millones de ejemplares.

A diferencia de los textos vigentes entonces en Chile, que partían de la sílaba o el sonido (con los consiguientes problemas del "silabeo" o "deletreo"), el Matte toma como base las "palabras normales", o unidades de sentido, que luego se descomponen en sílabas y sonidos (análisis), para luego unirse en cada una de sus partes (síntesis). En la introducción, don Claudio sugería lecciones de motivación respecto a cada palabra, de manera de lograr el aprendizaje integrado.

REFORMADOR DE LA ENSEÑANZA

A través de las escuelas de la Sociedad de Instrucción Primaria —su dedicación predilecta— don Claudio Matte aplicó libremente sus ideas pedagógicas, sustentadas en tres principios básicos: el buen maestro, el buen edificio escolar y buenos programas y métodos.

Seleccionaba con meticulosidad a los profesores, y era un convencido de que debían mantenerse en constante superación. Para ello contrató al

profesor alemán Erick Lufer, experto en métodos. Mejoró también en forma notable la enseñanza del castellano y del canto.

Construyó para la Sociedad escuelas amplias, llenas de luz y patios espaciosos; con servicio médico y dental, salas especializadas para trabajos manuales y gimnasia, y comedores para alimentación complementaria. Consiguió extender este beneficio al resto del país, como iniciador del proyecto de ley que llevó a crear la Sociedad Constructora de Edificios de Establecimientos Educativos.

Respecto a los programas y planes de estudio, sus ideas fueron muy claras: "...No hay que llenar cabezas, sino desarrollar facultades... Debe enseñarse a observar, a pensar y a resolver sólo las dificultades".

Entre las múltiples reformas que introdujo en la Sociedad de Instrucción Primaria y que luego irradiaron las demás escuelas del país, es posible nombrar, además de las ya mencionadas, la enseñanza del dibujo industrial, la economía doméstica, puericultura y labores femeninas; la práctica de los deportes, especialmente el fútbol, como un medio de alejar al pueblo del alcoholismo; el fomento del ahorro escolar; la formación moral y cívica a través de la introducción de los actos patrióticos y de la Fiesta del Arbol; la creación de los centros de padres, y sus insistencia en suavizar el proceso educativo —que la escuela fuera amada y no repelida por el niño—, proscribiendo los castigos corporales en una época en que todavía imperaba el principio de "la letra con sangre entra".

Educador y filántropo... un hombre de vasta cultura que amaba a los clásicos (Plutarco y Goethe, en especial) y leía regularmente el *Times* de Londres, *L'illustration* y la *Revue de Deux Mondes*, pero era capaz de gozar, al mismo tiempo, presenciando durante horas sencillas clases de lecto-escritura, en las que hacía acotaciones y observaba, atentamente, las reacciones de los niños.